



Gaceta de la Fundación José Antonio Primo de Rivera -
nº 304 (2ª Época). Enero 2018.

En este número

1. **El traslado de los restos de José Antonio.** *José María García de Tuñón*
2. **Jerusalén ¿liberada? ¿contad los muertos!** *Carlos León Roch*
3. **Lo que va de ayer a hoy.** *Manuel Parra Celaya*
4. **En la muerte de Sigfredo Hillers de Luque.** *Miguel Ángel Gimeno*
5. **Las plumas y las bombas.** *Aquilino Duque*
6. **Han matado a un legionario.** *Miquel Jiménez*
7. **¡Asesinos!.** *Rafael Sánchez Saus*
8. **Lo mejor ya ha pasado.** *Fernando Sánchez Dragó*
9. **El donoso escrutinio.** *(España, vieja patria)*
10. **Una séptima de Luís Santa Marina.** *Alfaraz*

La Gaceta de la Fundación José Antonio cuando publicó su número 302 y subió éste a su página de Facebook, lo ilustraba con una fotografía, la misma que ahora ilustra este artículo; pero entonces no decía qué representaba aquella instantánea. Por esta razón, la mayoría de los lectores no sabían su significado. A mí, por ejemplo, me lo han preguntado dos buenos amigos.



Por esta razón, deseo explicar a los lectores, a los que no conocían lo que verdaderamente simbolizaba aquella fotografía. La misma, fue obtenida con motivo del traslado de los restos de José Antonio, exhumados el 19 de noviembre de 1939 del nicho nº 515 del cementerio de Nuestra Señora de los Remedios, de Alicante. A la derecha del nicho aparecían en primera línea falangistas de Callosa del Segura, lugar de donde salió la primera expedición de socorro en un intento de liberar a José Antonio. Esta intención tuvo como consecuencia,

una vez abortada por fuerzas republicanas, el fusilamiento de algo más de medio centenar de falangistas. A última hora de aquella mañana de noviembre, llega el féretro al Panteón de los Caídos. Allí se encontraba su hermano Miguel, y los falangistas Dionisio Ridruejo, Agustín de Foxá, Sancho Dávila etc. En la capilla del Panteón tiene lugar un sencillo acto litúrgico que oficia el capellán de la Falange de Alicante. En la puerta del cementerio se unen a la comitiva, los falangistas Fernández-Cuesta, el poeta Luys Santa Marina y otros.

Ese mismo día, los restos llegan a la Basílica de San Nicolás donde estarían toda la noche. A las 6 de la mañana del siguiente día, dio comienzo el funeral que fue oficiado por el obispo. Apenas una palabra rompía el silencio. Solo las voces graves de los rezos litúrgicos. En las paredes de la Basílica se podían ver negros crespones, una gran cruz en rojo sobre el lienzo del altar mayor y, a ambos lados, el yugo y las flechas.

Terminadas las honras fúnebres, los restos de José Antonio, a hombros de los falangistas de la Junta Política, salen de la Basílica y comienza la marcha hacia El Escorial. Desde ese momento, las noches y los días se han de convertir en jornadas sin descanso hasta llegar a su destino.

Aquel día en que partió la comitiva, las calles de Alicante estaban totalmente ocupadas por miles de personas. Jamás se volvería a repetir en aquella ciudad una concentración tan numerosa de gente que a pie firme y de espaldas al mar sereno, querían ver pasar, y despedir, lo que quedaba de aquel hombre que como escribió el profesor de griego y filósofo, Jesús Cotta: «mataron por fascista a quien nunca lo fue del todo y a quien acabó siendo, por cristiano, un antifascista, un revolucionario enemigo de la pobreza y de la guerra». No hay nada más que leer sus Obras Completas porque la inmensa mayoría lo juzgan sin haber leído, ni tan siquiera una sola página.

Fueron diez días justos los que el féretro a hombros de cientos de falangistas, que se iban relevando, tardó en llegar a El Escorial. Sólo a su paso por Madrid, los falangistas que llevaban la pesada carga, fueron sustituidos por las fuerzas de Tierra, Mar y Aire, porque así lo dispuso el Jefe del Estado que aguardó en El Escorial los restos de José Antonio Primo de Rivera, a quien Franco en la última ceremonia repitió las mismas palabras que antes, José Antonio había pronunciado ante el primer caído de Falange, Matías Montero: «Que Dios te dé su eterno descanso y a nosotros nos lo niegue hasta que sepamos recoger para España la cosecha que siembra tu muerte».

El diseño de la losa sepulcral se encargó el escultor Emilio Aladrén, quien rebuscó en las canteras la piedra oportuna y sin fallo que debía cubrir el lugar donde estaba enterrado José Antonio, el hombre que quiso, cuando fue asesinado, que su sangre fuera la última sangre española que se vertiera en discordias civiles, y que encontrara ya en paz el pueblo español, tan rico en buenas calidades entrañables, la Patria, el Pan y la Justicia.

El 31 de marzo de 1959, un día antes de la inauguración oficial del Valle de los Caídos, José Antonio fue de nuevo exhumado. Pero esa es otra historia.

Y termino con las palabras que dijo el poeta: «La muerte espera a los que han de morir».

Si se suprimen los signos interrogantes queda el famoso poema de Tasso referido a la Primera Cruzada, allá por el año 1099, para “liberar” de los musulmanes la ciudad sagrada; Cruzada que, como las otras, fue un fracaso finalmente.

Resulta inútil pretender objetividad ante la problemática “Israel- Palestina- Jerusalén”, pendiente, acuciante, dramática y perversa desde hace 2000 años (por poner una fecha) . Y todos estamos más o menos posicionados ante él debido a nuestra religión (¡o agnosticismo!; a nuestra formación política o, simplemente, por nuestras simpatías.

Las confusas delgadas líneas que –para muchos- confunden conceptos como sionismo, judaísmo, israelitas, palestinos ... sin mencionar la difícil convivencia secular de judíos con cristianos (católicos o protestantes), con musulmanes y con armenios en la ciudad sagrada, en Jerusalén, complican aún más la cuestión.

Lo evidente es que, hasta 1948 (¡hace “cuatro “ días!) se cruzaban en sus calles - ¡y a veces se saludaban!- los vecinos judíos, musulmanes, católicos, protestantes y armenios, en un territorio colonizado por Inglaterra (¡faltaría más!). Y como en el mundo habían muchos países que no sabían qué hacer con los judíos decidieron ”instalarlos” en Palestina, previa expulsión y posterior exterminio de sus habitantes no judíos. Y es que la población judía de USA o de Europa se consideran muy patriotas...de Sión; antes que de la tierra que los acoge.



En el Israel actual existe un sistema político equiparable a las democracias occidentales, aspecto muy elogiado entre nosotros. Lo que ocurre es que hay millones de israelitas (que tienen esa nacionalidad) que, por no ser de religión judía no pueden disfrutar de ese sistema de libertades “occidentales”; que no pueden circular

libremente por “su país”; que no pueden formar parte de sus FFAA. Es algo similar al afortunadamente desaparecido *Apartheid* sudafricano... solo que con pocos negros.

La actual decisión de USA de colocar su embajada en Jerusalén, destruyendo el inestable *status quo*, viene a reactivar, innecesariamente, un gravísimo conflicto mundial iniciado, al menos en nuestro siglo, una vez más por la “*pérfida Albión*”.

Probablemente, solo en el Juicio Final, nos enteraremos de definitivos culpables e inocentes. Pero, como en la terrible derrota de Rocroi, que marca la decadencia española en Europa, al ser preguntado un superviviente de aquellos gloriosos Tercios, por la cantidad de combatientes, contestó: “Contad los muertos”.

Contando los muertos... Desde el año 2000 hasta ahora, debido a disturbios y acciones de los civiles palestinos, estos han tenido unos 13.000 muertos y 40.000 heridos, muchos niños menores de 16 años. 25.000 encarcelados... Mientras tanto, Israel ha tenido menos de 1000 muertos, casi todos soldados y colonos de asentamientos ilegales.

Miles de viviendas ,arbolado y terrenos arrasados por ser familiares de “resistentes”.

La vieja máxima judía de “*ojo por ojo y diente por diente*” que en la antigüedad fue un claro avance en la aplicación de la justicia se ha convertido, ahora, en “*ciento treinta ojos por ojo y 130 dientes por diente*”.

Ante un tema tan complejo: Contad los muertos.

3

Lo que va de ayer a hoy

Manuel Parra Celaya

Ser buen español al uso parlamentario es fácil cosa: basta con cruzarse de brazos y dejar que España se hunda al son de retruécanos; mientras que para ser buen español a secas se necesita ser héroe.

¿Nos suenan a cosa de hoy estas palabras? ¿A que parecen haber sido escritas para la coyuntura por la que estamos pasando? Sin embargo, tienen más de cien años de antigüedad, y su autor -presidido por ese *imperativo poético* constante en un *estilo* español de entender la vida- es el poeta Joan Maragall en su artículo *La Patria nueva*.

Hoy en día, los retruécanos parlamentarios son escasamente imaginativos y creativos; alejados de cualquier impronta para una oratoria insigne, se inscriben unos exclusivamente en la frialdad del lenguaje jurídico-administrativo; otros, en la vulgaridad del habla más coloquial e incorrecta, e incluso algunos en la chabacanería o en la grosería que impone la demagogia.



La cuestión es que llevamos décadas en que se ha hecho omisión -cuando no burla o menosprecio- de la *heroicidad* que, para el poeta catalán, se precisaba para ser buen español; curiosamente, con una reiterada invocación a la democracia, se ha construido una sociedad en la que una auténtica vida democrática, esto es, interesada y participativa en los problemas de la res pública, ha sido prácticamente nula o limitada al ejercicio de depositar una papeleta en la urna cada cierto tiempo.

Ha bastado que, en uno o en varios de los rincones de la nación, se propulsaran proyectos ilusionantes -e ilusorios, falaces y disgregadores- para que amplios sectores de población se pusieran en movimiento. Y entonces sí, por reacción otros amplísimos sectores -la mejor parte de la sociedad española, catalana o no catalana- también se ha movido, despertada de un largo letargo, para contestar a los primeros: la evidencia de un peligro separatista ha servido para un renacer del patriotismo español, heroico en muchos casos por tener que sufrir la presión del *qué dirán* de su entorno.

Vamos a examinar ambos fenómenos -el unitario o *lealista* y el disgregador, para intentar establecer el panorama y sus posibles alcances. El primero, el del renacer del patriotismo, se mueve, en frase tópica, *a pie de calle*, pero encuentra escasos ecos en lo que Maragall llamó *el uso parlamentario*: cuando aquí se invoca la unidad nacional como idea suprema, aquí se responde con estrictas invocaciones a la legalidad constitucional; cuando allí se muestra apasionamiento, grito y canción, aquí se contesta con *mesuras y proporcionalidades*, cuando no con el silencio; cuando allí se está pidiendo un proyecto atractivo de vida en común, aquí se responde con razones jurídicas, con estadísticas y tantos por ciento macroeconómicos. Parece que exista un propósito implícito de congelar las emociones y que la predisposición popular a su bandera vuelva a quedar reducida al ámbito de lo deportivo.

Al segundo, el no apagado clamor de la secesión y el *particularismo* nacionalista, se le proporcionan, de nuevo por omisión, nuevos motivos, incentivos y refuerzos para su enrocamiento, sin intentar ni por asomo reconducirlo y aprovechar su fuerza ciega para mejores empresas.

No es caer en el anacronismo un estudio de la evolución del catalanismo desde sus primeros pasos al comienzo del siglo XX -momento del artículo de Maragall- a estos momentos de principios del siglo XXI: en aquel momento lejano la disyuntiva que se le presentaba era incorporarse a un regeneracionismo español o refugiarse en sus casillas de insolidaridad y distancia del resto de España. Ganó tristemente la segunda opción.

Ahora, nos podríamos formular la pregunta de si es posible volver a establecer ese dilema; para poder hacerlo con realismo, sería necesaria la existencia de un nuevo regeneracionismo nacional, en aquellos tiempos ninguneado por los políticos de la Primera Restauración y hoy casi proscrito por los de la Segunda.

Sin embargo, nuestra patria precia de una profunda regeneración, que va mucho más allá de una presunta reforma constitucional; son muchos los problemas, presididos por uno esencial, en expresión casi legendaria: *nacionalizar España*. Acaso este proyecto exija una profunda revisión de conceptos, elevados a la categoría de dogma desde la Transición; acaso lo urgente sea la falta de autenticidad democrática, que el trabajo sea de verdad un derecho y un deber, que se establezcan unas bases axiológicas indiscutibles para los supuestos consensos, que se produzca el reencuentro con el profundo *ser de España*... No es el menor cuestionarse la propia existencia y definición del *Estado de las Autonomías*.

Si se llegara a esos planteamientos regeneracionistas, quizás entonces para el sector todavía seducido por el secesionismo se cumplirían otras palabras del mismo artículo de Joan Maragall con que se abrían estas líneas: *El catalanismo, para ser españolismo, ha de ser heroico, y su primera heroicidad ha de ser la mayor: vencerse a sí mismo. Vencer el impulso de apartamiento en que nació; vencer sus rencores y sus impacencias, y vencer un hermoso ensueño.*

Porque ese ensueño -*ver en Cataluña una gran misión*, seguía nuestro poeta- se integraría en la realidad de participar en una gran misión llamada España.

4

En la muerte de Sigfredo Hillers de Luque

Miguel Ángel Gimeno Álvarez

Nuestro camarada Sigfredo Hillers monta ya la guardia en los luceros y su muerte cierra una etapa, otra más, de la historia de la Falange. Miembro de la generación perdida o intermedia, de la que formaron también parte Ceferino Maestú y Diego Márquez Horrillo, Sigfredo era uno de los últimos puentes que aún nos permitía acercarnos a nuestros Fundadores. La suya fue una generación que no vivió la dureza

de los años republicanos ni la gloria de la lucha en las trincheras, pero que por haber convivido con la Vieja Guardia pudo conocer de primera mano la poesía de la Falange. Los hombres que como él se formaron en el Frente de Juventudes, en las Falanges Juveniles de Franco, vivieron la ética y el estilo de José Antonio convencidos de que habrían algún día de regir los destinos de España, dedicados al afán de guiarla por los caminos de la Revolución Nacional Sindicalista. Una generación frustrada, víctima, en palabras de José Luis Alcocer, de un fraude, que una vez incorporada a la vida adulta y desde las filas de la Guardia de Franco, las más antifranquistas de todo el Régimen, asistieron impotentes al desmontaje de lo poco de azul que alguna vez tuvo el Movimiento. Como jefe político de la Centuria de Montañeros, a las órdenes de Cepeda, se dio la vuelta con todos sus camaradas un 20 de Noviembre al paso del Generalísimo Franco. Tras el cese de Elola Elaso, que fue sucedido por un descafeinado López Cancio, Sigfredo se unió a lo más granado de la Vieja Guardia para reivindicar y recuperar la verdadera Falange frente a la traición movimientista.

La empresa se inicia con las famosas Charlas de la Ballena Alegre, crisol de sindicalismo falangista en estado puro. Ceferino lleva la voz cantante, pero detrás de esta empresa late el aliento de Narciso Perales y de Patricio González de Canales, ejemplos de coherencia doctrinal y, sobre todo, vital. La bandera de la recuperación de la esencia joseantoniana queda alzada unos meses después en los locales de Madrid de los Círculos José Antonio, fundados por Luis González Vicén, lugarteniente general de la Guardia de Franco que fue cesado de todos sus cargos por protestar tras la llegada a España del que sería después Juan Carlos I de Borbón.

El portaestandarte de esa bandera de rebeldía a principios de la década de los sesenta pasa a ser Ceferino Maestú, que pronuncia palabras de profecía que hacen de la conferencia en los Círculos mucho más que una mera disertación intelectual. Ceferino convoca a todos aquellos que sueñan con recuperar el espíritu de las desaparecidas Falanges Juveniles, llama a los que asisten impotentes a la neutralización política del Frente de Juventudes y del SEU. La señal está dada, la bandera está alzada, ha llegado la hora de materializar esas ansias de pureza falangista, y surgen las primeras discrepancias. Patricio se siente más inclinado a la vida contemplativa y religiosa y se retira para vivir su compromiso falangista en Jesucristo y llega a rozar la santidad. Ceferino también siente que su vocación sindicalista le lleva por sendas alejadas de la doctrina azul y se embarca en la aventura, desgraciada y frustrada, de las Comisiones Obreras. Así que cuando alborea el año 1963 Sigfredo es el que forma en primera línea de combate y toma todo el protagonismo en la redacción del célebre manifiesto fundacional del Frente de Estudiantes Sindicalistas. Narciso le acompañará durante algún tiempo, pero al cabo de unos meses el FES ya será, para lo bueno y para lo malo, el fruto predilecto de los afanes y los desvelos de Sigfredo Hillers.



Una tarea de titanes la que se echó sobre las espaldas Sigfredo. Nada menos que convencer a los españoles de que ese Régimen, orlado para mayor escarnio con el acompañamiento coreográfico de nuestras camisas azules, no tenía nada que ver con la Falange de José Antonio. Empresa fracasada, no hay duda, pero que ha dejado para la historia momentos memorables. Uno de los más señalados es esa *Carta de un falangista* escrita a Franco en 1966, auténtica profecía que ya anunciaba que exactamente diez años después los españoles acudirían en masa a las urnas para desmontar todo lo prescrito en la Ley Orgánica del Estado. Lamentablemente, la falta de mano izquierda de Sigfredo, cuya mano derecha ha dejado cumbres del pensamiento falangista como nuestro *Ética y Estilo*, provocó numerosas escisiones, véanse a título de

ejemplo las de los *lupulinos* y los *agapitos*, y numerosos enfrentamientos con otros sectores azules, sobre todo con los llamados *hedillistas*, que llevaron a que las fuerzas y las ilusiones que deberían haberse empleado en difundir la poesía que promete se perdieran en inútiles discordias civiles. A pesar de todo, una vez muerto Franco, la Falange creyó llegada su hora. Se inician negociaciones entre todos los joseantonianos y sólo los *auténticos* se quedan fuera. El Pacto de Matute permite alcanzar un acuerdo de mínimos y la Falange parece que va a poder presentarse unida ante el pueblo español. La fecha elegida para escenificar el renacimiento de esa Falange es el 29 de Octubre de 1976, el lugar, el Palacio de Congresos y Exposiciones de Madrid. Por cada una de las facciones azules hablará un orador. Sigfredo lo hace en nombre del FES. Irreductible, fiel a sus convicciones, no consulta el contenido de su discurso con los otros participantes en el acto. La suya es una pieza oratoria magistral, pero truncada.

Cuando inicia la crítica al Régimen de Franco, argumentada de forma impecable desde una óptica falangista, se desata la bronca y toda España asiste atónita al espectáculo que ofrece un intento de unidad degenerado en bofetadas.

Unos meses más tarde nace Falange Española Independiente, proyecto personalísimo de Sigfredo que hereda el espíritu de pureza del FES, que venía ofreciendo desde 1963 y de forma ininterrumpida, gracias al esfuerzo de un puñado de camaradas beneméritos que vivieron la vida en clave militante, la posibilidad de entender la Falange como cosmovisión, una palabra por cierto que no le gustaba a Sigfredo, por ser un invento de la propaganda intelectual de inspiración marxista. La de Sigfredo fue una Falange particular, inspirada sin duda en la más pura ortodoxia joseantoniana,

quizá la más bella, la más idealista, la más exigente, pero sin duda también la más difícil. Sigfredo nos puso a todos el listón muy alto, tan alto que él mismo acabó un día por llegar a la conclusión de que había que arriar la bandera para que pudiera conservar su pureza, con la esperanza de que una España mejor permitiera algún idea desplegarla con mayor fortuna. Se dedicó entonces con pasión a la docencia y a la investigación intelectual desde la Universidad Complutense de Madrid. Su currículum es tan impresionante que no puede ser citado aquí. Su obra tan fecunda y prolija que rebasa con mucho los horizontes políticos e ideológicos de la Falange.

Sigfredo se ha ido, pero nos ha dejado su obra, su ejemplo. Todos los falangistas, los que fueron sus enemigos y aquellos pocos que nos consideramos sus camaradas, a pesar de nuestras múltiples diferencias, de nuestras numerosas discrepancias, coincidimos en una cosa: la Falange, su historia y su doctrina, no sería la misma de no haber existido ese hombre difícil, exigente, exacto y metódico que hizo del rigor en el estilo y de la coherencia ética en la doctrina su norma de conducta.

5

Las plumas y las bombas

Aquilino Duque en VIÑAMARINA

En la presentación de un libro sobre *La Falange teórica* se dijeron, a juzgar por las reseñas, algunas tonterías, la más gorda de todas que “España debió volverse loca si un loco tuvo tanto carisma”. No sé si el presentador se refería a José Antonio Primo de Rivera o a Dionisio Ridruejo, sobre quien al parecer trataba el libro. Dionisio era un hombre muy generoso que acogía bien a todo el que se le acercaba, y esa generosidad suele tener malas consecuencias porque, al faltar él, todos los que llegaron a tratarlo lo recuerdan, lo recordamos, a la luz de las propias luces, algunas no muy brillantes. Si eso pasó con el propio José Antonio, nada más natural que pasara con Dionisio. Yo no voy a repetir lo que ya escribí en su día sobre Dionisio, tanto en prosa como en verso, por no hablar de las cartas que le mandé, que fueron algunas, o de las conversaciones, que fueron bastantes. Cuando publicó *Escrito en España*, en Argentina si mal no recuerdo, me decía en Madrid que con aquel libro pretendía algo así como echarle un pulso al régimen. El régimen podía impedir la publicación de un libro, pero no su difusión, y de la difusión de escritos como el de Ridruejo fuimos muchos los que nos ocupamos por activa o por pasiva.

Lo que Ridruejo pretendía con aquellos escritos tan inofensivos era lo mismo que otros buscaban con la acción directa. Uno que fue cocinero antes que fraile, Pío Moa,

no tiene empacho en confesar que el propósito de él y sus amigos era que el régimen que blasonaba de paternalista no tuviera más remedio que mostrarse represivo. Hay que decir que éstos consiguieron lo que no consiguió Ridruejo ni conseguimos los que le seguíamos, aunque fuera a distancia. El régimen que templaba gaitas con la



disidencia teórica no se anduvo con contemplaciones a la hora de hacer frente a la subversión práctica y procuró dar al terrorismo su merecido, aunque sólo fuera por asegurar la libertad y la seguridad de los que no estaban por la labor, que eran la inmensa mayoría de la nación. En aquellas calendas, yo ejercía la disidencia desde la barrera, es decir, desde Ginebra, como por otra parte mi compadre Valente (llevé a la pila a una hija suya en representación de Vicente Aleixandre), y desde allí escribíamos versos mortíferos que publicábamos en “el interior” sin mayores dificultades. Unos eran más mortíferos que otros, desde luego, y cuando a Valente le publicaron los de la *Revista de Occidente* su libro *La memoria y los signos*, incluyó en él una elegía al poeta brigadista John Cornford que no le gustó a Robles Piquer, entonces al frente de la Censura, aunque no la prohibió, y una especie de sátira de la no violencia que no le pareció bien a Aleixandre que vivía en Madrid ni tampoco a mí y eso que vivía en Ginebra.

Con tiempo y democracia el terrorismo lograría en “el interior” la respetabilidad de que ya gozaba en las naciones “civilizadas” y la Historia les daría la razón a los poetas que habían procurado hacer con sus plumas lo que los terroristas con sus bombas. Nada más lógico pues que en una España así, en una España de valores invertidos, se permita un currinche del estado mayor de la envidia – Ortega *dixit* – tratar de loco a Dionisio o a José Antonio, qué más da.

En vísperas de una Feria del Libro, me llamaron de un diario sevillano para que recomendara un título cualquiera y, sin pensarlo dos veces, recomendé *Canciones*, del poeta jerezano José Mateos. Me dijeron que ése ya lo habían recomendado otros y repliqué que el mío era un voto más a su favor. No valió mi argumento, pues preferían que cada entrevistado recomendara un libro distinto. “Pues entonces voy a recomendar un libro que con toda seguridad nadie ha recomendado: las *Obras completas* de José Antonio Primo de Rivera”. – “Sí, desde luego que nadie ha recomendado ese título, y ¿nos puede decir en pocas palabras los motivos de su recomendación?” – “Pues porque su lectura haría mucho bien por la salud moral de un país que está muy

necesitado de ella, y porque en ella aprenderían los españoles de hoy algo que no se encuentra por ninguna parte, a saber: limpieza de prosa y claridad de ideas.”

Por los mismos días me encontré con un ingenuo que me preguntó si se celebraría con carácter oficial el próximo centenario del nacimiento de José Antonio. José Antonio dio la vida por una España que conciliara la justicia social con el sentimiento nacional, y no tengo la impresión de que estén bien vistas esas cosas por unos políticos de ideas turbias y unos folicularios que, en la feria y fuera de ella, confunden la prosa con la broza.

6

Han matado a un legionario

Miquel Jiménez en Vozpopuli

Víctor Laínez ha sido asesinado en Zaragoza por el simple hecho de llevar unos tirantes con los colores de la enseña nacional. Este catalán de Terrassa ha caído víctima, presuntamente, a manos de un individuo que ya fue condenado por un acto igualmente deleznable. Ningún partido de izquierda o separatista pide siquiera un recuerdo para él.

Víctor era Caballero Legionario. La Legión se rige, más allá de ordenanzas y leyes que van y que vienen, al igual que va y viene la historia, por su Credo. Se divide, para quienes que lo desconozcan, en diferentes apartados que denominamos Espíritus. El calificado como Espíritu de la Muerte dice: “El morir en el combate es el mayor honor. No se muere más que una vez. La muerte llega sin dolor y el morir no es tan horrible como parece. Lo más horrible es vivir siendo un cobarde”.



Así ha sido. Su muerte a manos, presuntamente, del ultraizquierdista Rodrigo Lanza, condenado en su día por la agresión a un policía municipal en Barcelona, ennoblece al caído, mientras que envilece al criminal. Con las manos manchadas, estará condenado por siempre jamás a vivir la existencia miserable del cobarde que mata como si de una fiera salvaje, irracional, ebria de odio, se tratase.

El presunto asesino, acompañado por dos personas más - tres contra uno, ¡qué valientes! - golpeó a Víctor con una barra metálica en la cabeza, tras increparlo con gritos de facha. Ya en el suelo, no satisfechos con su bastardo

proceder, le dieron de patadas antes de huir dejando atrás suyo a un hombre muerto por llevar una prenda con los colores de España. Por este simple hecho te pueden

asesinar actualmente en nuestra tierra. Muy pocos de nuestros políticos en campaña, salvo honradas excepciones, van a rasgarse las vestiduras. Imaginen si llega a pasarle a una persona que hubiera lucido una estelada. Todos los medios de comunicación sacarían en portada la noticia; las tertulias hervirían con los progres de salón indignados ante la violencia fascista; los separatistas y podemitas, todos amigos de ETA, Otegi o de cualquier banda de asesinos que tenga a gala perpetrar crímenes contra inocentes, convocarían minutos de silencio, manifestaciones, escraches, quema de containers, en fin, la de Dios.

Los rojos pálidos tienen una excusa perfecta para rehuir el compromiso ineludible en cualquier persona de bien ante tan atroz asesinato: la víctima era simpatizante de Falange. Eso basta para que la conciencia, en caso de tenerla, de todos esos cursis de la izquierda, de todos los señoritos disfrazados de revolucionarios, quede tranquila. Era un fascista, un legionario, un vaya usted a saber qué. No está bien, pero claro, a saber si el asesinato provocó a los ultras izquierdistas, perdón, antifascistas, que es como llaman a los criminales rojos. Las excusas son, en este caso, tan miserables como el acto en sí mismo.

Hasta este punto hemos llegado con tanta permisividad, con tanto reírles las gracias a los violentos y a quienes los apoyan. ¿Han matado a uno por llevar no sé qué tirantes, pero era simpatizante de Falange? Ah, bueno, pues entonces no pasa nada. Somos tan estúpidos que nos hemos creído que los violentos van a discriminar entre sus víctimas. Craso error. Los que hoy justifican la muerte de Víctor con un “era un facha” ignoran que para el criminal no hay más que su impulso violento y no conoce ni a su padre cuando de matar se trata. El asesino lo es porque tiene dentro de sí el veneno de matar a quien sea, como sea y cuando le plazca. Se creen amos de las vidas de sus semejantes y de nada les valdrá su tibieza a los que ahora se escudan hipócritamente cuando les toque a ellos recibir. ETA empezó asesinando a policías, militares y guardias civiles, pero luego siguió con empresarios, comerciantes, trabajadores, políticos electos e incluso mujeres y niños. Nadie está a salvo del furor asqueroso y deleznable del violento. Nadie.

El presunto asesino es un viejo conocido de la opinión pública. Tras cinco años en la cárcel después de dejar tetrapléjico a un Guardia Urbano barcelonés en el 2006, no parece que su estancia en presidio le haya hecho recapacitar. Protagonista del documental Ciutat Morta, ciudad muerta, Rodrigo Lanza siempre ha sostenido que su caso fue un montaje policial, que el no tuvo la culpa de nada – se le acusó de lanzar una maceta a la cabeza de policía municipal, causándole la tetraplejia -, que, si bien era cierto que estaba de okupa en la casa que los Urbanos habían ido a desalojar ante las quejas reiteradas de los vecinos por ruidos, disturbios y consumo y venta de drogas, no lanzó ninguna maceta a la cabeza de nadie. Se presentó como una víctima

de un sistema perverso y terrible. Recuerdo a su madre en la Plaza de Sant Jaume pidiendo justicia para su hijo.

A Lanza lo apoyaron en su día, como no podía ser menos, la CUP, Izquierda Unida, En Comú, Esquerra y Podemos. El mismo Pablo Iglesias se desplazó hasta Barcelona para entrevistarse con los familiares del ahora presunto homicida. Los medios del régimen nacionalista se hicieron eco del documental y entrevistaron a Lanza, presentándolo siempre como una víctima inocente de esa España criminal que tanto les gusta vituperar desde sus confortables satrapías. ¡Cuánta falsedad y cuanta bilis se vertió entonces en contra de los policías! Igual que ahora. Es ese horrendo vicio nacional, etiquetar a las víctimas según sean de los nuestros o de los otros.

No podrá existir una auténtica reconciliación nacional sin que abjuremos de esa malvada separación, porque los muertos, o son de todos o no son de nadie. Esa es la lección que deberíamos aprender de una vez por todas, porque asesinos cegados de odio, por desgracia, va a haberlos siempre. Es a las víctimas las que debemos nuestra piedad, nuestra oración, nuestro recuerdo y, sobre todo, nuestro respeto. Un respeto que debería estar por encima de ideologías y banderas, de filias y fobias. ¿Víctor era simpatizante de Falange? No lo sé ni me importa. No creo que sea el hecho determinante de su muerte. Si ha caído víctima de la ceguera de un criminal es motivo más que suficiente para considerar su muerte como un episodio trágico, uno más, en esta historia española jalonada de víctimas que lo fueron por tener unas ideas, las que sea.

Me gustaría pensar en un cementerio que fuese común para todos los españoles, un cementerio en el que descansasen en paz Ernest Lluch y Miguel Hernández junto a José Antonio y Muñoz Seca, todos víctimas de aquellos que, desde un extremo o el otro, jamás sabrán conjugar el verbo perdonar. Me imagino – uno es creyente, ya me entenderán – al poeta del sol y de los trigos charlando pacífica y honestamente con el falangista, a Lluch, uno de los hombres más buenos y sabios que he tenido el privilegio de conocer, intercambiando chistes con el autor de “La venganza de Don Mendo”. Qué hermosos diálogos, que auténtica reconciliación, que hermandad de espíritus truncados por la bala disparada con alevosía homicida.

No, no despachen el crimen de Zaragoza con un “pero es que era simpatizante de Falange”, porque eso sería tanto como justificar que a alguien se le pueda enviar a la muerte por su raza, por su sexo, por su religión. No seamos banales ante la muerte de un semejante, ni la neguemos, ni la escondamos en el trastero de la mala conciencia, porque eso sería la cobardía más infame de todas.

Me gustaría que los alcaldes podemitas como Ada Colau convocasen un minuto de silencio por el Caballero Legionario. Me gustaría que todos los partidos en campaña hicieran un recordatorio de este ciudadano que murió a manos de un salvaje. Me gustaría que TV3 y Catalunya Ràdio le dedicasen algo de su tiempo, entre proclama y proclama separatista. Me gustaría, en suma, algo más de compasión, de piedad y algo menos de orgullo y sectarismo.

Ahora que estamos a punto de celebrar el nacimiento del hijo de un humilde carpintero de Galilea sería bueno recordar que lo crucificaron por pedir que nos amásemos los unos a los otros. Veintiún siglos después seguimos igual. Nos cuesta mucho amar a los que caen si no son de los nuestros. Adiós Legionario, la muerte no es el final.

7

¡Asesinos!

Rafael Sánchez Saus en Diario de Sevilla



El asesinato de Víctor Láinez en Zaragoza es uno de esos acontecimientos que debieran hacernos pensar, tantas son las circunstancias y detalles que permiten interpretarlo como mucho más que un aislado crimen de odio. La víctima fue agredida por la espalda por un grupo de personas que le siguieron cuando abandonó el bar donde habían coincidido. Fue golpeada en la cabeza con una barra de hierro y luego pateada hasta quedar agonizante. El motivo de la brutal agresión, el llevar unos simples tirantes rojigualdas, algo menos común pero no menos trivial que haber lucido una corbata o una pulsera con esos colores. Que en España tal cosa haya podido llevar a la muerte a alguien es un índice del

odio generado criminalmente por mucha gente de apariencia respetable que podemos encontrar sentada en el Congreso, en los cabildos municipales, en los estudios de televisión y en las redacciones. Personas que no se recatan de mostrar sus fobias contra la nación y proyectarlas a través de los innumerables medios de que disponen. Gentes que hoy hubieran puesto el país patas arriba si Víctor Láinez hubiera sido uno de los suyos. Pero el suyo es el otro.

Rodrigo Lanza, el señalado como autor del mortal y traicionero ataque, podrá ser una escoria pero no es un cualquiera. Nieto de un almirante chileno, ha dado charlas en universidades, concedido entrevistas, protagonizado duros debates entre políticos de alto nivel en Barcelona y Zaragoza - la alcaldesa Colau, entre ellos-, que se reprochaban recíprocamente no haber hecho bastante por él. Su hazaña, que le valió la fama en los medios izquierdistas y antisistema, fue dejar tetrapléjico a un guardia durante unos disturbios en Barcelona. Ello le costó cinco años de prisión a pesar de los apoyos con que entonces contó, presidenta Bachelet incluida, pero al salir de la cárcel

pudo instalarse en Zaragoza gracias al entorno podemita que hoy gobierna la ciudad. El alcalde Santistevé ha sido ahora incapaz de condenar el asesinato de Víctor Laínez, refugiado en una repulsa genérica de la violencia.

Este país, hay que decirlo, rebosa de asesinos en potencia y de cómplices intelectuales de Rodrigo Lanza. El Rodri, como se le llama en las redes sociales y entre los antifas, un movimiento terrorista de extrema izquierda al que pertenece, cuyas acciones son habitualmente silenciadas por los medios, no ha estado nunca solo.

8

Lo mejor ya ha pasado

Fernando Sánchez Dragó en El Mundo



"Hay dos clases de fascistas: los fascistas y los antifascistas", decía con la pluma mojada en tinta ácida el antifascista Ennio Flaiano, que escribió los mejores guiones de los acos de esplendor del cine de su país. Fue, en Italia, el equivalente de lo que aquí eran Berlanga y Azcona. Tres nombres que no dirán nada al energúmeno iletrado que hace unos días asesinó por la espalda a un hombre de bien cuyo nombre ya figura en el copioso elenco de los caídos por España. ¿Querían un muerto quienes cometen, siempre desde el lateral izquierdo o separatista, un constante delito de odio a ésta? Pues ya lo tienen, y otros llegaron. Gajes de vivir en un país okupado por lo peor de cada familia y por la gentuza que quiere sustituir el Código Penal por la Ley de Lynch. Sería desmesurado comparar el asesinato de Víctor Laínez con la muerte, ochenta y un acos atrás, de quien pasó a la historia con el agrídulce sobrenombre de

Protomártir, pero hay paralelismos simbólicos que traza el corazón aunque la razón los rechace y asociaciones de ideas inevitables en un país cuya última guerra civil no ha terminado.

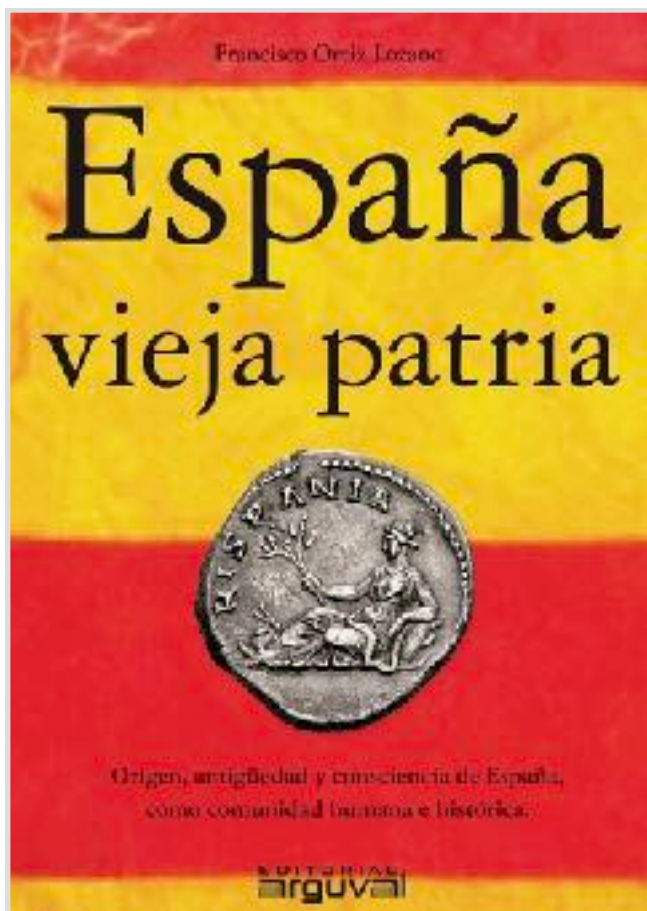
Los muertos, decía Eugenio D'Ors, siempre son los mismos. Los asesinos, digo yo, también. Lo que clama al cielo de la sensatez y de la ecuanimidad es que la prensa mamporrera y el grueso de los políticos insistan en atribuir la autoría de la violencia política a la llamada ultraderecha, que en España es, por ahora, residual y casi nunca

belicosa, y pasen por alto la evidencia de que los responsables del 84% (sic) de los desmanes cometidos en los últimos 30 años, sin contar los del terrorismo, son los francotiradores antisistema y los palurdos separatistas. Unos y otros gozan no sólo del favor de muchos medios de información, de la impunidad garantista, de los vientos de popa del tolerantismo y el relativismo, de la chabacana complicidad de las Redes y de la errátil demagogia de quienes cortan el jabugo del poder político, sino que gallean en las Cortes, en los gobiernos de las Taifas y en no pocos ayuntamientos, incluyendo los de las cuatro ciudades más importantes del país. Cierto es, por desgracia, que lo mejor ya ha pasado, como sostuvo Flaiano en la que quizá sea su frase más celebrada, pero lo peor, añadido yo, está por llegar. ¿Nos cruzamos de brazos o hacemos algo? ¡Víctor Láinez! ¡Presente! Una de las dos Españas -la de las checas, los paseos y los tiros en la nuca- acaba de helarte el corazón.

9

EL DONOSO ESCRUTINIO

España, vieja patria (Francisco Ortiz Lozano)



España, vieja patria.

Francisco Ortiz Lozano

Editorial Arguval. Málaga 2017

Apología de España, podría ser el subtítulo de este centón clarificador que para, templea y manda a cierta historiografía relativista del concepto de nación que nos une y cuyo última excrecencia podrían considerarse los últimos nacionalismos periféricos.

Desde la pre-España de la mitología a la realidad cainita que ahora nos define; todo está anotado en estas más de 800 páginas, pasando por la monarquía goda, el islam, los Austria y la hazaña del descubrimiento y evangelización de América.

Y en ese trabajo de acudir a las fuentes e

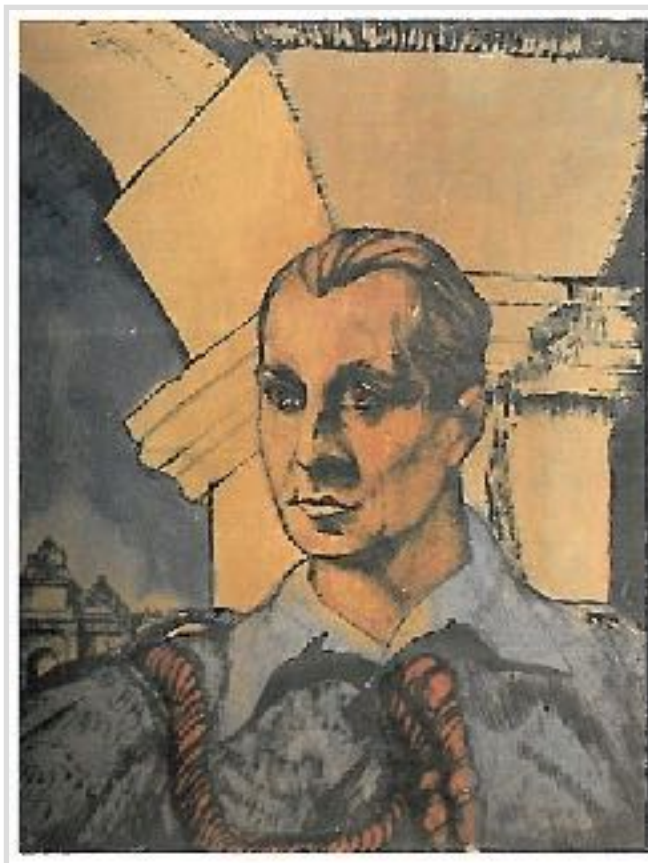
ir reseñando y anotando todas las citas que hacen referencia al concepto de España (antes Hispania, antes Iberia...) empezando por los autores clásicos, griegos y latinos; geógrafos, historiadores y hasta poetas, todavía puede sorprender a algún despistado que venía cifrando la antigüedad de nuestra *vieja patria* en los archicitados quinientos años, que es la fecha de unificación y del concepto moderno de Estado, sino que nos descubre una realidad que se remonta a la Edad Media y aún Antigua. Claro que todo esto, sin necesidad de citas ni de latines, ya lo intuía *El Jabato*...

No estamos por tanto ante una obra meramente divulgativa -a las citas nos remitimos- ni tampoco frente a un autor que nos aporta su particular teoría para entrar en disputa sobre conceptos discutidos. Aquí lo que se presenta es una prueba de cargo definitiva frente a los negacionista que no quieren conocer la realidad. Peor para todos.

10

Una séptima de Luís Santa Marina

Alfaraz



JOSÉ ANTONIO

**Ansiabas —el tiempo huye— sotos verdes,
sonrisa en la soleada piel de toro,
y dado lo mortal, última siembra,
surgieron los humanos lirios tiernos,
prefigura de bosques rumorosos,
que balbucean o repiten claro
—soto inmortal— tu nombre que es el suyo.**

(LUYS SANTA MARINA. Publicado en *Solidaridad Nacional*, 20 de noviembre de 1945).

Aunque sabemos que Santa Marina no participó en la *Corona de Sonetos* dedicada al **Ausente**, hay que destacar que para 1945 que fue el año en que le dedica esta estrofa, alguno de los que sí participaron ya se habían bajado de aquel barco. Otros iban camino de hacerlo.

El descubrimiento de esta *séptima* de Luys debemos agradecerérselo a **Juan Marqués**, su antólogo, que fue quien nos la envió. Y eso a pesar de que finalmente no fuera incluida en su antología, pues no habrá podido salvar el *cordón sanitario* que fatalmente circunda a José Antonio.

Los versos, frente a tantos otros de Santa Marina que lo son de pérdida o desengaño tienen la singularidad de que nos manifiestan su esperanza en la generación que surge tras la guerra y que a mí me han recordado aquel deseo de una España *alegre y faldicorta*.

La fotografía del óleo nos la mandó otro amigo, **Javier D.**, y refleja un momento imposible para 1937 que es cuando **Gustavo de Maeztu** nos retrata a José Antonio sobre un fondo de Madrid victorioso. En el [Palacio-Museo](#) de este otro Maeztu en Estella se custodia el cuadro, nunca mejor dicho porque no suele estar expuesto al público, ni tampoco ha viajado a la actual exposición antológica organizada en la [Salas Kutxa Boulevard](#) de San Sebastián.

Pero lo cierto es que ya no hay nada que nos extrañe de todo ese silencio consciente, de esa otra manera —tan sutil— de censura.

Dentro de la libertad de expresión, la Gaceta de la Fundación José Antonio no limita los contenidos de sus colaboradores, siendo responsables de lo publicado los correspondientes autores. Para cualquier comunicación sobre este boletín o para recibirlo periódicamente en su buzón puede dirigirse a fundacionjoseantonio@gmail.com